

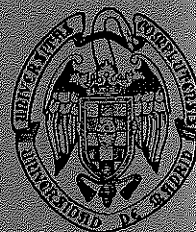
W
28
(8601)

Documento de Trabajo

8 6 0 1

DEPRESION Y TRANSFORMACIONES EN EL AGRO CASTELLA
NO DEL SEISCIENTOS.

Enrique Llopis Agelán



FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

DEPRESION Y TRANSFORMACIONES EN EL
AGRO CASTELLANO DEL SEISCIENTOS

Enrique Llopis Agelán

En las páginas que siguen abordaré dos cuestiones estrechamente vinculadas. Comenzaré suscitando, una vez más, la discusión sobre la existencia o inexistencia de una auténtica depresión agraria en la Castilla del Seiscientos; posteriormente, efectuaré algunas reflexiones acerca del alcance de las transformaciones operadas en la economía rural castellana durante las décadas finales del siglo XVI y la primera mitad del XVII.

1. El agro castellano entre las últimas décadas del Quinientos y las primeras del Setecientos: intenso movimiento depresivo y lenta recuperación.

Hasta hace pocos años, independientemente del grado de fundamentación de los juicios, casi todos, por no decir todos, los especialistas, más allá de matizaciones espaciales, temporales o sectoriales, reconocían la existencia de una crisis económica generalizada y prolongada en la España de los Austrias menores. Gonzalo Anes, en dos artículos publicados en 1978 (1), ha cuestionado ese balance de la actividad productiva de nuestro Seiscientos que hasta entonces había sido suscrito de forma prácticamente unánime por historiadores y economistas. Al margen del nivel de acuerdo o discrepancia con los revolucionarios textos de

Anes, es indudable que éstos han estimulado nuevas reflexiones e investigaciones sobre el comportamiento de la economía española en el siglo XVII.

Anes sostiene que la pretendida "depresión" agraria castellana del siglo XVII consistió en una "serie de reajustes y readaptaciones que se produjeron lenta y automáticamente para armonizar la producción de subsistencias y el número de habitantes" (2). Tal tesis la fundamenta en los siguientes datos y argumentos:

a. No se registró "una tendencia general a la despoblación" en dicha centuria.

b. Las series de diezmos de que se dispone no permiten determinar, entre otros motivos por la escasez de datos sobre las cosechas de uvas y aceitunas y sobre los esquilmos del ganado, el signo de la tendencia de la producción agraria castellana en el siglo XVII; en cualquier caso, el resultado del análisis de la información cuantitativa publicada apunta más hacia un cambio en la composición del producto agrario que hacia un movimiento depresivo del mismo.

c. Habida cuenta de que solía existir un importante "paro encubierto" y de que la disminución de la superficie labrada permitía mejorar la calidad media de los terrenos cultivados y ampliar la cría de ganado estante, la producción agraria no tuvo necesariamente que tender a la baja en las zonas donde descendió el número de activos. Es decir, tras la caída de la productividad y de los rendimientos que hubo de ocasionar el intenso proceso roturador registrado en el siglo XVI, el descenso de población pudo haber favorecido la recuperación de aquéllos.

A continuación discutiré algunos de los argumentos empleados por Gonzalo Anes e intentaré establecer un balance de la evolución del agro castellano en el siglo XVII. Para esto último me he fijado en el comportamiento de seis variables: la población, las cosechas de granos, el producto cerealícola por habitante, las exportaciones de lana fina, los precios relativos agrarios y la renta de la tierra.

Sabemos que, entre 1600 y 1700, la población castellana creció muy poco o permaneció estancada; en cualquier caso, resulta improbable que se alcanzasen tasas de incremento superiores al 0,15 por 100 (3). Vicente Pérez Moreda (4) ha demostrado que la mortalidad no puede dar cuenta de tal balance. En consecuencia, el estancamiento o el ligerísimo crecimiento de la población castellana difícilmente serían explicables si no se hubiese registrado un descenso de la natalidad y / o movimientos migratorios hacia otras zonas peninsulares y hacia Indias; ahora bien, el descenso de la fecundidad y la corriente humana hacia otras latitudes hubieron de responder a un deterioro de la situación económica de un considerable porcentaje de castellanos. Además, casi todas las series de bautizados de que disponemos muestran una tendencia descendente, cuando menos, en las cuatro primeras décadas del siglo XVII. En suma, las evidencias demográficas, desde mi punto de vista, corroboran las tesis de la existencia de una persistente contracción en el agro de la Castilla del Seiscientos.

En los últimos años no han aparecido muchos trabajos sobre el comportamiento del producto agrario castellano en el siglo XVII, pero considero que nuestro conocimiento de esta cuestión -

ha progresado considerablemente tras la publicación de las series decimales del inmenso arzobispado de Toledo (5). Ello me ha permitido confeccionar una serie de producción de "pan" que incluye los arciprestazgos de Alcalá de Henares, Alcaraz, Alcolea de Tozote, Brihuega, Buitrago, Calatrava, Canales, Escalona, X Guadalajara, Hita, Illescas, Madrid, Montalbán, Ocaña, Rodillas, Santa Olalla y Maqueda, Talamanca, Talavera de la Reina, Vicaria de la Puebla de Alcocer y Zorita de los Canes y Almoguera (6), - serie que he reflejado en el Cuadro 1 del Apéndice Estadístico y en el Gráfico 1.

Un somero examen de las cifras ya permite efectuar tres observaciones:

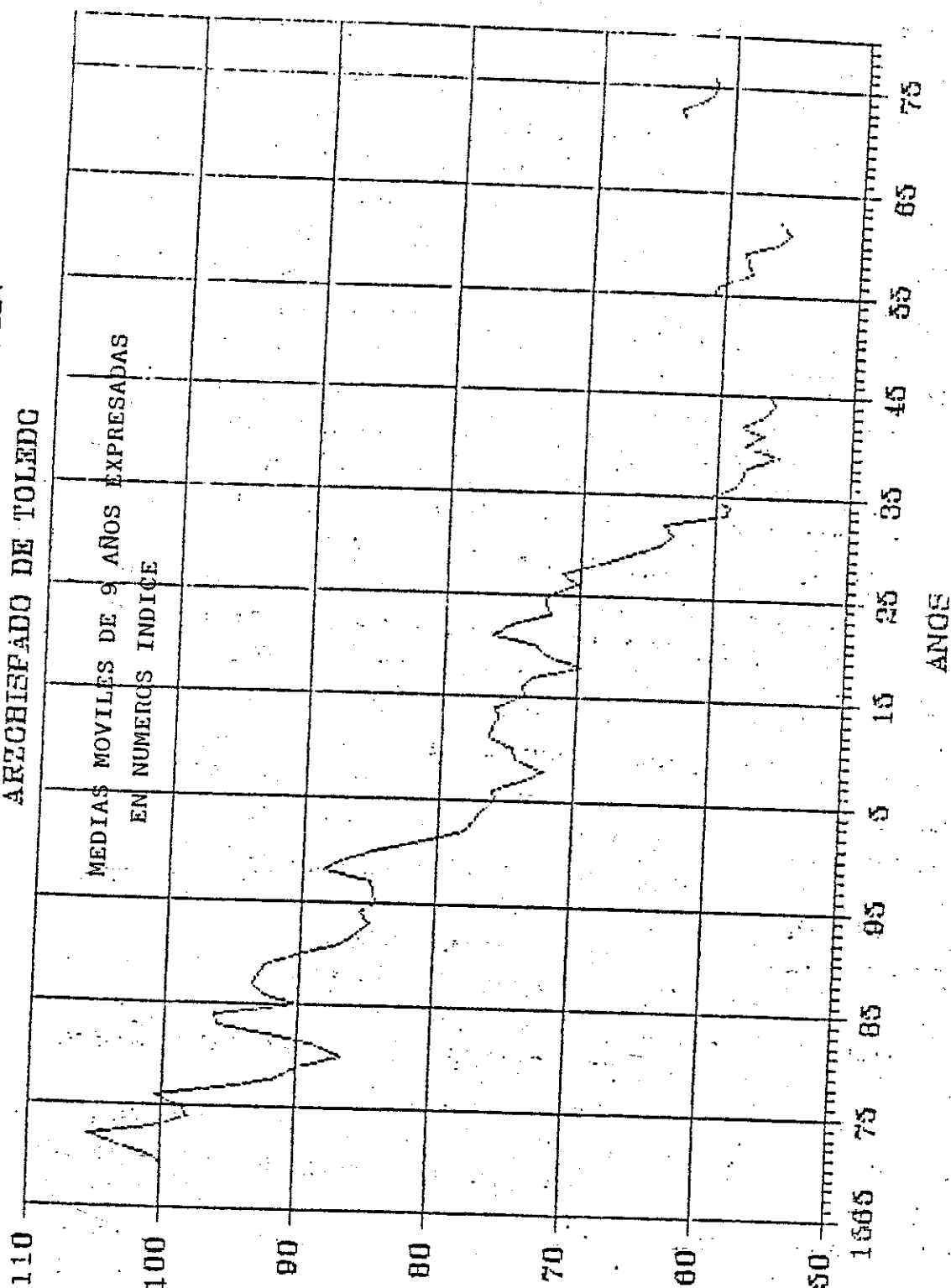
1. Poco antes de concluir el tercer cuarto del siglo XVI tuvo lugar la inversión de la tendencia alcista de las cosechas de granos en el conjunto de tierras que pertenecían a la jurisdicción del arzobispado de Toledo. En gran parte de Castilla la Nueva, la detección del movimiento ascendente de la producción X de cereales se operó, pues, con unos pocos años de adelanto en relación a la Bureba (7) y a las tierras segovianas (8).

2. Las cosechas de granos de Castilla la Nueva registraron un intenso movimiento descendente entre los últimos años del -- tercer cuarto del siglo XVI y finales de la década de los treinta del XVII, hasta el punto de que en este entorno del Seiscientos la producción media anual de cereales apenas superaba la mitad de la que se obtenía hacia 1570.

3.- Aun cuando la depresión tocó fondo a finales de los treinta, una auténtica inversión de la tendencia no se produjo hasta -- poco antes de los setenta; además, el titubeante movimiento as--

PRODUCCION DE PAN

ARCHIEFADO DE TOLEDG



MEDIAS MOVILES DE 9 AÑOS

cendente solo logró recuperar, al menos hasta 1680, poco más de la octava parte del terreno perdido con respecto al máximo alcanzado a comienzos de los setenta del siglo XVI.

Merece la pena efectuar un análisis más pormenorizado del movimiento depresivo. En él pueden distinguirse cinco fases:

a. En la primera, situada entre mediados de los setenta y de los ochenta del siglo XVI, el nivel medio de las cosechas de granos descendió en torno al 13 por 100.

b. La segunda, que culmina en los primeros años del Seiscientos, se caracteriza por una fugaz recuperación, facilitada por las buenas cosechas de 1585, 1586 y 1587, que dio paso a un estancamiento de la producción a un nivel similar al de finales de la primera fase.

c. En la tercera, que comprende los años centrales del primer decenio del siglo XVII, se opera una nueva e intensa caída de las cosechas, situándose en nivel medio en torno a un 18 por 100 inferior al de la fase precedente.

d. El estancamiento en el escalón productivo anterior constituye el rasgo sobresaliente de las dos décadas que separan los años finales del primer decenio del Seiscientos de los últimos del tercero.

e. Los treinta, al igual que en otras zonas, resultaron dramáticos para Castilla la Nueva: partiendo de un peldaño muy bajo, el nivel medio de las cosechas de granos descendió más de un 20 por 100.

En suma, en el arzobispado de Toledo, los periodos clave del movimiento contractivo fueron, por orden de intensidad, los años treinta del Seiscientos, la parte central del primer decenio de esta centuria y la década que transcurrió entre mediados de los setenta y de los ochenta de la precedente.

En el Cuadro A he sintetizado los escasos y fragmentarios datos que he logrado reunir sobre la trayectoria de la producción de cereales en Trujillo y su Tierra (9).

C U A D R O A

Tercias Reales de Trujillo y su Tierra

(en fanegas)

<u>A Ñ O</u>	<u>TRIGO</u>	<u>CEBADA</u>	<u>CENTENO</u>	<u>TOTAL DE GRANOS</u>
1550	2.943,58	688,62	403,16	4.035,36
1556	1.214,04	299,31	109,31	1.622,66
1559	1.562,33	278,58	77,72	1.918,63
1560	3.148,68	522,37	185,45	3.886,50
----	-----	-----	-----	-----
----	-----	-----	-----	-----

Medias Anuales

<u>PERIODO</u>	<u>TRIGO</u>	<u>CEBADA</u>	<u>CENTENO</u>	<u>TOTAL DE GRANOS</u>
1711-1734	904,82	360,16	598,31	1.863,29

Fuentes: "Hojas de Gracias " y "Hojas de Pan", Archivo del Monasterio de Guadalupe, legajos 143 y 149.

Aunque la información resulta muy insuficiente, vale la pena destacar algunos fenómenos:

a. En 1550 y 1560 se cosecharon más del doble de los granos recogidos, en promedio, entre 1711 y 1734, en tanto que el nivel de este último periodo únicamente no llegó a alcanzarse en 1556, siendo el "déficit" de sólo un 12,91 por 100.

b. Resulta aún más significativo que en ningún año del intervalo 1711-1734 se llegase a recolectar el 80 por 100 de los cereales cosechados en 1550; si consideramos únicamente el trigo, dicho porcentaje desciende hasta el 60 por 100.

c. En la composición del producto cerealícola, los pesos específicos de la cebada y, sobre todo, del centeno se incrementaron de manera sustancial entre mediados del siglo XVI y el primer tercio del XVIII. La parcial sustitución de bueyes por mulas, aun cuando en la provincia de Cáceres este proceso no parece alcanzar sus momentos decisivos hasta después de 1850 (10), hubo de contribuir al aumento de la importancia relativa de la cebada. El caso del centeno debió estar relacionado con la necesidad de poner en cultivo terrenos de inferior calidad, lo que pudo venir determinado por los adehesamientos y acotamientos de términos públicos y por la ampliación de la superficie de pastos aprovechada por los mestefios.

En síntesis, el nivel medio de la producción de granos debía ser bastante más elevado en la sexta década del siglo XVI que en el primer tercio del XVIII; además, durante la segunda mitad del Quinientos y el Seiscientos se registró un importante cambio en el peso relativo de los distintos cereales que parece

apuntar hacia el empeoramiento de la dieta, al menos en la parte de ésta integrada por aquéllos. Resulta, pues, bastante probable que también la comarca de Trujillo se hubiese visto afectada por una intensa depresión agrícola en el siglo XVII, aun cuando nada podemos decir acerca de la forma y características del movimiento contractivo.

La producción cerealícola de Villaverde de Sandoval, Villarroana, Navatexera, Villamuño, Valdesaz de Oteros, Matanza y Fuentes de Carvajal y de los cotos redondos de Valdellán, Corrales y Valsemana y Membrillán, todos ellos pertenecientes a la provincia de León, muestra una tendencia descendente entre los años finales de la década de los ochenta del Quinientos y comienzos de la de los noventa del Seiscientos: los diezmos de trigo, cebada y centeno, pese a que algunos de los cotos redondos fueron roturados, precisamente, en el siglo XVII, se redujeron un 42,87 por 100 de 1583-1591 a 1683-1691 (11).

La producción de granos de Amusco, Monzón, Piña y San Cebrián de Campos registró también un intenso movimiento depresivo: el diezmo medio anual de granos de esos núcleos palentinos descendió, aproximadamente, un 50 por 100 entre los ochenta del Quinientos y los sesenta del Seiscientos (12). Similar caída se operó en la producción cerealícola de 22 localidades segovianas: un 45,82 por 100 de 1580-89 a 1630-1639 (13). Por su parte, las cosechas de trigo y cebada de 15 pueblos de la parte oriental de Tierra de Campos disminuyeron un 51,3 y un 43,4 por 100, respectivamente, entre 1580-1589 y 1660-1669 (14).

En suma, parece difícil cuestionar el hundimiento del pro-

ducto cerealícola en la primera mitad del siglo XVII: resulta - muy probable que la caída superase el 30 por 100 en las dos Castillas y Extremadura. Por otro lado, el movimiento de recuperación fue lento en casi todas las partes: el nivel de las cosechas de granos de los ochenta del Quinientos no se superó en -- tierras segovianas hasta la década 1750-1759 (15), en Tierra de Campos hasta la década 1770-1779 (16), en el conjunto de Castilla la Nueva hasta después de 1700 (17) y en la comarca de Trujillo, probablemente, hasta después de 1814.

Si la superficie cultivada pudo reducirse como consecuencia del descenso de las necesidades alimenticias originado por la -- caída del número de habitantes en la primera mitad del siglo -- XVII, cabría esperar, de acuerdo con los modelos interpretati-- vos frecuentemente empleados, una recuperación del producto cerealícola per capita a medida que las labores se constreñían . Sin embargo, los datos disponibles no parecen conformar tal comportamiento. En Tierra de Campos, durante el primer tercio del siglo XVII, las cosechas de granos descendieron más rápidamente que la población; es más, en el transcurso del Seiscientos nunca la producción de granos por habitante se situó por encima de la de finales del Quinientos. En tierras segovianas sí tuvo lugar un movimiento ascendente del producto cerealícola por habitante, pero tal alza sólo alcanzó dimensiones significativas -- después de 1640; es decir, una vez que la depresión hubo tocado fondo (18). En tierras del arzobispado de Toledo, la población debería haberse reducido a menos de la mitad para que la producción de granos por habitante hubiese registrado un incremento -- en la primera mitad del siglo XVII. Habida cuenta de los datos disponibles, resulta poco verosímil que la depresión demográfi-

ca alcanzase niveles tan dramáticos en la Castilla la Nueva del Seiscientos. En definitiva, el producto cerealícola per capita no parece aumentar durante el movimiento contractivo de las cosechas de granos.

Ahora bien, si el descenso de las cantidades recolectadas -- de cereales hubiese coincidido con un alza sustancial de la actividad pecuaria y de las cosechas de uvas y aceitunas, el producto agrario castellano, cuando menos, no habría registrado -- una caída considerable. Habida cuenta de que las informaciones disponibles hasta el momento no permiten establecer las tendencias de la producción vinícola, oleícola y ganadera durante el siglo XVII, intentará determinar, a través del examen de las exportaciones de lana fina y de los precios relativos agrarios -- -veáanse Cuadros 2-6 del Apéndice Estadístico-, si en el trans-- curso de la primera mitad del Seiscientos surgieron importantes estímulos tendentes a dedicar las tierras de "pan llevar" a -- otros usos alternativos.

De acuerdo con las estimaciones realizadas por L. M. Bilbao a partir de fuentes fiscales, las exportaciones castellanas de lana tendieron a caer durante el siglo XVII, alcanzando el descenso un 41 por 100 entre 1612-1620 y 1662-1670 (19). Habida -- cuenta del limitado tamaño del mercado interior de vellones de calidad y de la depresión de la pañería de las ciudades castellanas, parece prácticamente imposible que el movimiento contractivo en la actividad cerealícola hubiese coincidido con uno de signo contrario en la producción de lana fina.

Si considerásemos fiable y representativa la serie de precios del vino que proporciona Hamilton para Castilla la Nueva, cali-

ficativos que no deberíamos otorgarle hasta que nuevas investigaciones permitan realizar las oportunas contrastaciones, tendríamos que admitir que, en dicha región, la tendencia de los precios relativos no sólo no justificó la plantación de vides en tierras de "pan llevar" durante la primera mitad del siglo XVII, sino que alentó justamente lo contrario. La otra serie de precios del vino que he manejado es mucho más fiable, ya que en ella se relacionan las cotizaciones alcanzadas en el mercado por un producto bastante homogéneo: los caldos obtenidos en las viñas del monasterio de La Estrella de La Rioja. En esta región - véase el Cuadro 2 -, no parece que el comportamiento de los términos de intercambio, salvo en el periodo 1618-1628, hubiese sido suficiente estímulo para plantar vides en terrenos de labor. Por tanto, en la primera mitad del Seiscientos, el movimiento de precios relativos no pudo ser causante de un cambio significativo en la composición del producto agrario tendente a incrementar la participación del vino a costa de la de los cereales.

El trigo tendió a encarecerse en términos de aceite entre, aproximadamente, 1560 y 1650: la apreciación fue de algo más de un 60 por 100 de 1563-1580 a 1635-1653 -véase el Cuadro 3-. En consecuencia, el movimiento de precios relativos tampoco parece que pudiese haber estimulado nuevas plantaciones de olivos en terrenos de labor durante la primera mitad del siglo XVII.

Descartadas la opción vinícola y la oleícola, ¿pudo la ganadería compensar el movimiento contractivo de las cosechas de cereales?. Durante los primeros decenios del siglo XVII el número de cabezas trashumantes, según las estimaciones de Jean - Paul Le Flem (20), no tendió a aumentar, registrándose a menudo ci-

fras que no llegaban a suponer el 60 por 100 de las de los máximos de la primera mitad del Quinientos y de la segunda mitad del Setecientos. Apuntan en esa misma dirección las estimaciones de L.M. Bilbao sobre exportaciones de la lana y las conclusiones a las que llegué tras examinar las cuentas de la cabaña trashumante del monasterio de Guadalupe (21). En los años finales del siglo XVI y en las cuatro primeras décadas del XVII, las explotaciones mesteñas debieron registrar una profunda crisis como consecuencia del fortísimo encarecimiento de los pastos invernales y de la relativa debilidad de la demanda exterior de lana, agravada en algunos periodos, como ha mostrado Jonathan I. Israel (22), por las dificultades que los conflictos bélicos ocasionaban al comercio exterior. Los datos que presento en el Cuadro 4 confirman lo anteriormente expuesto: los términos de intercambio no fueron favorables para los ganaderos trashuman-tes en los cuatro primeros decenios del Seiscientos.

Solo resta, pues, por desechar una hipótesis: únicamente un significativo crecimiento de las cabañas estantes podría haber impedido que la depresión cerealícola conllevara un acusado descenso del producto agrario castellano en la primera mitad del siglo XVII.

Es cierto, como señala Gonzalo Anes (23) y puede también constatar en el Cuadro 5 del Apéndice Estadístico, que, en Castilla la Vieja, el precio de la carne tendió a aumentar con mayor intensidad que el del trigo durante la primera mitad del siglo XVII. Ahora bien, si tomásemos como punto de referencia los años sesenta o setenta del Quinientos, la trayectoria de aquéllos ya no se presenta tan favorable para los productores

de carne. Además, ese comportamiento de los precios relativos - no era condición suficiente para que la ganadería estante se desarrollase, ya que un acusado crecimiento de los gastos de explotación podría determinar un descenso de los beneficios de los dueños de cabañas. Nos consta que la superficie de pastos comunales, debido a las roturaciones, adehesamientos, acotamientos y plantaciones de viñedos, registró un significativo descenso en la segunda mitad del siglo XVI y, muy probablemente, en el primer tercio del XVII. Ello determinó, como denunciaron los contemporáneos (24) y ha podido constatare en las cuentas de la cabaña del monasterio de Guadalupe (25) y en numerosos contratos de arrendamiento de dehesas de la Villa y Tierra de Cáceres (26), un intenso movimiento ascendente del precio de las yerbas entre, aproximadamente, 1550 y 1630. Teniendo en cuenta que éstas representaban un elevado porcentaje de los costes de producción de las explotaciones ganaderas, resulta bastante probable que los balances de las cabañas estantes no sólo no mejorasen durante la primera mitad del Seiscientos, sino que tendieran a empeorar.

Considerando que la demanda de carne hubo de desplomarse en la Castilla la Vieja de la primera mitad del siglo XVII, debido al descenso de población, a la profunda crisis de las ciudades y a las dificultades económicas en general, desde mi punto de vista, el encarecimiento de aquélla constituye, ante todo, un elocuente testimonio de la depresión de la ganadería estante. Caxa de Leruela escribía en los años veinte del Seiscientos: - "de los ganados que llaman estantes, que solían ser cuatro veces más, que los transhumantes (o trasterminantes), faltan de cuatro partes las tres" (27). Aun cuando Caxa de Leruela, que

había sido alcalde mayor entregador, exageraba el desastre, resulta difícil cuestionar la existencia de una aguda crisis de las cabañas estantes si se tiene presente el grave problema de los pastos y el comportamiento del precio de la carne en un periodo en el que la demanda de este artículo tuvo que registrar un intenso movimiento contractivo.

En Extremadura, los términos de intercambio entre el trigo y las distintas especies ganaderas, según puede apreciarse en el Cuadro 6 del Apéndice Estadístico, parecen comportarse de diferente modo que en Castilla la Vieja: los precios relativos, - salvo en el caso de las ovejas, evolucionaron favorablemente para los granos, cuando menos, durante los treinta y cuarenta del Seiscientos, periodo en el que la depresión cerealícola, probablemente, tocó fondo. El encarecimiento de trigo en términos de ganado vacuno y caballar, cuando la actividad cerealícola se aproximaba o alcanzaba el mínimo secular, pudo deberse a la aguda escasez de granos panificables y / o a la fortísima caída de la demanda pecuaria y al declive menos pronunciado de la oferta de este subsector en relación a otras regiones peninsulares. Por tanto, cualesquiera que fuesen los motivos, en la Extremadura de la primera mitad del siglo XVII no parecen existir incentivos para reemplazar la labranza por la cria de ganado, máxime si tenemos presente que los precios de los pastos registraron un vigoroso crecimiento en las décadas finales del Quinientos y primeras del Seiscientos.

En definitiva, los movimientos de precios relativos, debido a su sentido, en unos casos, o a su escasa entidad y / o duración, en otros, no parece que hubieran sido capaces de evitar -

que la depresión cerealícola se tradujese en una sensible caída del producto agrario castellano en las cuatro primeras décadas del siglo XVII; es más, probablemente, la disminución de la superficie de pastos comunales contribuyó a que la tendencia decreciente de las cosechas de granos fuese acompañada de un acusado retroceso de la ganadería estante. Es cierto que ésta acabaría recuperándose, pero tal proceso debió iniciarse, tal y como -- apunta Pérez Moreda para tierras segovianas (28), después de -- que la depresión agrícola hubiese tocado fondo.

Desde mi punto de vista, puede esgrimirse un argumento aún más relevante que cuestiona la hipótesis de que la expansión de las cabañas y de otros cultivos pudiese haber compensado el declive de las cosechas de cereales: cuando la venta y aprovechamiento de buena parte del terrazgo estaban sometidos a importantes restricciones, cuando sólo una pequeña porción del producto agrario se destinaba al mercado, cuando un elevado porcentaje -- de los cultivadores directos carecían de medios para readaptar sus explotaciones y cuando la mayoría de los campesinos seguían preocupados, ante todo, por las cosechas de granos panificables a fin de evitar el agravamiento de sus carencias alimenticias, los cambios en los precios relativos únicamente podían provocar modificaciones bastante limitadas en la asignación de recursos. Dicho de otro modo, en la economía castellana del Antiguo Régimen, resulta muy poco probable que alteraciones en los términos de intercambio ocasionasen modificaciones sustanciales en la -- composición del producto agrario. El propio Gonzalo Anes, tras el examen de las Relaciones para la descripción e historia de -- los pueblos de España, mandada confeccionar por Felipe II, reconoce que "los lugares en los que predominaba el cultivo de trigo, el de la vid o el olivo fueron muy pocos durante el siglo --

XVI. La diversificación de cultivos se mantuvo en España, hasta nuestros días, en cada localidad, para asegurar el abastecimiento que no hacía posible el mercado, ya que el poder de compra -- de los campesinos era bajo y habían de tender a producir casi todo lo que necesitaban para su consumo" (29).

El precio de los arrendamientos de tierras labrantías registró un descenso significativo durante, cuando menos, los primeros cincuenta años del Seiscientos. La renta de siete cotos redondos del monasterio de El Escorial -- Modua, Peromingo, Maru--gán, Muñomer, Bernuy, Chavente y Jimenagorda-- descendió un 64,92 por 100 entre 1575 y 1660 (30) y la de los labrantíos del monasterio de Sandoval de León un 63,90 por 100 de 1590 a 1689 (31), mientras que la de las tierras de "pan llevar" del Cabildo de Segovia sólo se redujo un 30 por 100 entre los años finales del siglo XVI y la década de los cincuenta del XVII (32) -- todos estos datos corresponden a rentas satisfechas en especie --. La -- caída de la renta de los labrantíos no debió ser sólo consecuencia del hundimiento de la demanda de éstos, sino que también vino ocasionada, al menos en algunas zonas, por el aumento de la oferta de tierras en arrendamiento que hubo de derivarse de la privatización del usufructo de una parte de los patrimonios concejiles. En cualquier caso, un descenso tan significativo de -- los precios de los arrendamientos de las labores sería difícilmente explicable si no se admite una importante contracción de las actividades agrícolas en la Castilla de la primera mitad -- del siglo XVII.

2. Algunas consideraciones sobre los cambios en la organización del agro

En la Castilla del siglo XVII, el movimiento de la población, de las cosechas de cereales y de la renta de la tierra resultarían difícilmente explicables en el seno de un sistema agrario que no hubiese registrado modificaciones significativas. Si supusiésemos la inexistencia de cambios, la caída de la población, al propiciar un aumento del tamaño de las explotaciones, una mejora de la calidad media de los terrenos cultivados, un incremento de los pastos permanentes disponibles y un descenso de la renta de la tierra, debería haber provocado una pronta paralización del movimiento depresivo y un alza del producto agrario per capita, aun cuando la presión fiscal sobre las zonas rurales hubiese seguido aumentando. Sin embargo, los datos parecen refutar tales predicciones: la tendencia contractiva duró, cuando menos, cuatro décadas y la producción de cereales por habitante no inició una auténtica recuperación hasta después de que aquella hubo tocado fondo. Consiguientemente, los mecanismos de corrección de los desequilibrios de los modelos interpretativos de corte malthusiano no lograron evitar que la depresión del agro castellano alcanzase gran intensidad en bastantes áreas. Ello mueve a pensar que la relativa ineficacia de tales mecanismos debe tener su explicación en los cambios que simultáneamente se estaban operando en el sistema agrario de la España interior. El problema, obviamente, no radica en la coherencia intrínseca de los modelos, sino en la imposibilidad de mantener los supuestos de aquéllos.

Por otro lado, si hemos de admitir que, en España, entre co

mienzos del siglo XVI y finales del XIX, sin haberse registrado modificaciones sustanciales en las técnicas agrarias, la población y la superficie labrada se multiplicaron por más de dos, - no podemos seguir considerando adecuada la utilización de los esquemas malthusianos como pieza única o principal de los modelos explicativos de los cambios de tendencia a largo plazo del producto agrario en la época moderna. Habida cuenta de que muchas zonas partían de una escasa densidad demográfica, sobre todo en Castilla la Nueva y Extremadura, y de que continuaron repoblándose en el transcurso de los siglos XVI al XIX, no debería sorprendernos que los modelos de corte malthusiano resulten especialmente insuficientes e inadecuados para el análisis del desarrollo agrario español.

En suma, la depresión sólo puede hacerse inteligible en el contexto de las transformaciones operadas en el sistema agrario castellano, transformaciones que no estaban predeterminadas, sino que fueron resultado, al menos en buena medida, de las específicas vicisitudes históricas de las distintas zonas.

¿Qué modificaciones tuvieron lugar en el sistema agrario castellano en las décadas finales del siglo XVI y en la primera mitad del XVII?. El estado actual de las investigaciones, en mi opinión, no permite responder adecuadamente a dicho interrogante; no obstante, considero que una de las principales lo constituyeron los cambios en el uso y / o distribución del terrazgo propiciados o determinados, entre otros motivos, por la venta de baldíos, por los arbitrios concedidos a los pueblos a raíz del establecimiento y sucesivas renovaciones del impuesto de millones, por el incremento de predios concejiles explotados en -

régimen de propios, por las usurpaciones de terrenos públicos, por la profunda crisis de la ganadería estante y por la parcial sustitución de bueyes por mulas en algunas zonas. Quizás la privatización de la propiedad y, sobre todo, del usufructo de una parte considerable del patrimonio territorial público fue el fenómeno más destacado de tales alteraciones, ya que hubo de determinar un descenso sustancial de la superficie de labor y pastos que numerosas economías campesinas venían aprovechando de balde o a cambio de un más que módico derecho. David E. Vassberg ha afirmado: "La evidencia disponible muestra que el sistema comunitario, en sus múltiples formas, estaba en pleno auge en Castilla a mediados del siglo XVI. Las tierras comunitarias y baldías sostenían la ganadería y la agricultura, y constituían la clave de la estructura social y económica de la vida rural" (33). Aunque haya algo de exageración en estas palabras, no hay duda de que la disminución de los aprovechamientos vecinales tuvo que provocar cambios apreciables en las funciones de producción y costes de las principales unidades productivas del agro castellano, las pequeñas explotaciones campesinas. Estas no sólo se vieron privadas de la utilización de algunos recursos, sino que también, en ocasiones, hubieron de soportar un incremento de costes como consecuencia de la necesidad de arrendar labrantíos y / o pastizales que anteriormente aprovechaban de manera gratuita. Ello ocurría, además, en un período en el que las economías campesinas debían afrontar la agudización de otros problemas.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, la mayor parte de pequeños productores agrarios tuvieron que pechar con un intenso incremento de la renta de la tierra —ésta, según Bartolomé

Yun, llegó a representar el 40 por 100 del producto bruto en algunas fincas de Tierra de Campos (34)— y de la presión fiscal. También muchos de ellos estaban viéndose afectados por la progresiva escasez y carestía de pastos, por el agotamiento de los suelos a que daba lugar la necesidad de obtener un mayor número de cosechas, por el laboreo de terrenos de inferior calidad, por las vigorosas fluctuaciones de los precios de los cereales y por la restricción del crédito rural como consecuencia del aumento de la demanda de préstamos de la Corona, los municipios y los nobles. El alto coste de las roturaciones, como oportunamente ha subrayado Gonzalo Anes (35), impidió a bastantes campesinos recurrir a este arbitrio para tratar de atender sus mayores necesidades alimenticias: ello les solía obligar a intensificar las labores que venían realizando, aun cuando este hecho no fue habitualmente acompañado de mejoras en el cultivo y de la aplicación de mayores cantidades de abono por unidad de superficie labrada.

El vertiginoso crecimiento del gasto público fue el principal factor desencadenante de la privatización de bastantes terrenos baldíos y concejiles. En las décadas finales del siglo XVI, los empréstitos y el alza de la presión fiscal sobre los pecheros ya no resultaban suficientes para hacer frente a los gravísimos problemas financieros de la Hacienda: habida cuenta de la paralización del movimiento expansivo de la economía castellana y de la crítica situación de numerosos productores agrarios, aquélla tuvo que recurrir a la enajenación de algunos terrenos públicos y a la concesión de arbitrios a los pueblos a fin de que éstos pudiesen hacer frente al pago de las nuevas contribuciones, de sus deudas y de los desembolsos efectuados en la adquisición de baldíos (36).

Disponemos de algunas cuantificaciones precisas sobre la elevación de los encabezamientos y de las cargas tributarias en la Castilla de la segunda mitad del siglo XVI. En los sesenta núcleos de la Comunidad de Villa y Tierra de Sepúlveda, la cantidad a satisfacer por vecino para el pago de tercias y alcabalas se multiplicó por más de seis entre 1561 y 1584 (37). El alza fue menos intensa en la Bureba: el importe a satisfacer por pechero se multiplicó por 2,1 de 1561 a 1579 (38). El movimiento ascendente de la presión fiscal se aceleró a raíz de la implantación de los millones: hacia 1617, en Tierra de Campos, el reparto de éstos suponía una carga doble de la representada por tercias y alcabalas (39). Sin embargo, a la Hacienda no le bastó esta redistribución de renta instrumentada a través de los impuestos: la contracción económica y demográfica, entre otros motivos, limitaba la eficacia de esta vía.

Los baldíos enajenados, al menos en algunas zonas, representaban una parte apreciable de los términos municipales. Bartolomé Yun estima que los terrenos vendidos pudieron significar entre el 30 y el 40 por 100 de la superficie total de Tierra de Campos (40). En la Comunidad de Coca, las enajenaciones afectaron al 18 por 100 del territorio (41). Es cierto que muchas de las tierras vendidas fueron adquiridas por los campesinos que las venían explotando o por los concejos (42), pero la financiación de tales compras les ocasionó graves perturbaciones: numerosos municipios y cultivadores directos hubieron de recurrir a créditos hipotecarios bastante onerosos, lo que resultaba inquietante habida cuenta del estrecho margen de maniobra de sus economías, sobre todo de la de éstos, y de que las enajenaciones, realizadas buena parte de ellas en la década de los ochenta del

Quinientos, coincidieron con el fin de la etapa expansiva o con el inicio de la depresiva; es más, no fue infrecuente que los concejos, a la postre, tuviesen que arrendar parte de sus patrimonios territoriales rústicos y / o incrementar las cantidades obtenidas de los vecinos a fin de poder hacer frente al conjunto de sus obligaciones. En suma, por una u otra vía, las enajenaciones de baldíos, además de suponer una disminución del patrimonio territorial público, provocaron modificaciones en el régimen de explotación de los bienes concejiles tendentes a reducir las superficies de labor y pasto que los vecinos podían aprovechar de balde o a cambio de un pequeño derecho.

A raíz del establecimiento y sucesivas renovaciones del impuesto de millones proliferaron las autorizaciones regias para que los pueblos pudiesen romper, enajenar, pignorar, acotar y arrendar sus respectivos patrimonios. Desde entonces se intensificó, pues, el proceso de privatización de los terrenos concejiles. Las concesiones parecen responder a un pacto, más o menos explícito, bajo la atenta mirada y aquiescencia del clero y la nobleza, entre quienes regentaban el poder municipal y la corona: aquéllos se comprometieron a gestionar un incremento de las cantidades entregadas a la Hacienda a cambio de disponer de mayor libertad para modificar los usos y regímenes de explotación de los extensos patrimonios concejiles. La capacidad operativa de los munícipes, como es lógico, estaba sometida a restricciones: el alza de las recaudaciones no podía fundamentarse en gravámenes que fuesen principalmente sufragados por los grupos privilegiados; de ahí que los millones, concebidos originariamente como un impuesto sobre la riqueza, acabasen siendo sufragados, al menos en buena medida, por los consumidores de ciertos artículos (43). Apoyándose en las apremiantes necesida-

des del fisco, los "poderosos" locales lograron controlar los aprovechamientos de vastísimos recursos agrarios, lo que les colocó en una ventajosa situación para la defensa de sus intereses como vendedores de excedentes agrícolas, como demandantes de mano de obra, como rentistas y como ganaderos. Obviamente, aquéllos procedieron, en la medida que les fue posible, a reasignar los recursos agrarios de acuerdo con las características y necesidades de sus explotaciones. Ahora bien, la simple disminución de los aprovechamientos comunales podía beneficiarles en tanto que oferentes de productos, en tanto que demandantes de fuerza de trabajo y en tanto que rentistas. La nobleza y el clero, lógicamente, también solían estar en condiciones de sacar gran provecho de estas situaciones. A mi juicio, la aceleración del proceso de diferenciación campesina y al ascenso de los "poderosos" locales -- constituyeron dos de los fenómenos más destacados de la evolución económica y social de la Castilla del Seiscientos.

Aparte de las enajenaciones, pignoraciones y arrendamientos de terrenos públicos llevados a cabo al amparo de normas legales, aun cuando frecuentemente los concejos o comisionados regios actuaron más allá de los límites establecidos por aquéllas, las simples usurpaciones de los nobles y de los "poderosos" también contribuyeron a acelerar el proceso de privatización de bienes y derechos comunales. La despoblación de algunas aldeas y las ventas y exenciones de jurisdicciones favorecieron el "asalto" a los patrimonios públicos (44). El fenómeno de las "composiciones", mediante el que se confirmó la propiedad de muchas tierras poseídas en precario, también deja entrever, como sugiere Antonio Domínguez Ortiz (45), el alcance de las usurpaciones de terrenos públicos.

En suma, difícilmente puede cuestionarse la sensible reducción de los aprovechamientos colectivos del terrazgo en la Castilla de las décadas finales del siglo XVI y de la primera mitad del XVII. Ello hubo de afectar a las labores y, sobre todo, a la actividad pecuaria de los campesinos. La privatización de la propiedad o del usufructo de labrantíos comunales tuvo que provocar una merma de las "posesiones" de los cultivadores, lo que debió forzarles a intentar tomar una mayor cantidad de tierras en arrendamiento, fenómeno que venía a anular, parcial o totalmente, las ventajas que para aquéllos se derivaron del descenso de la renta de los labrantíos a partir de los últimos años del siglo XVI o de los primeros del XVII. Por consiguiente, uno de los factores que supuestamente debía favorecer el restablecimiento de los equilibrios en el sector agrario, la caída de la renta de la tierra, quedó compensado, cuando menos en parte, por la reducción de las labores en terrenos de aprovechamiento vecinal.

El intenso proceso roturador y el lógico crecimiento de las cabañas estantes ocasionaron un vigoroso movimiento ascendente del precio de las yerbas a partir de los años cuarenta del Quinientos (46), movimiento que, aunque con bastante menos fuerza, aún se mantenía en las primeras décadas del Seiscientos (47). Ello constituyó un importante estímulo para que particulares y concejos procediesen al acotamiento de pastizales. Este fenómeno, que ya había sido subrayado por los contemporáneos (48), lo ha corroborado Fermín Marín (49) tras realizar un minucioso examen de la documentación mesteña: desde 1630, cuando menos, las condenas por adehesamientos y acotamientos se convirtieron, con gran diferencia, en la primera rúbrica de las multas impuestas por los alcaldes mayores entregadores. En consecuencia, pese a que

el descenso de población creaba condiciones favorables para la expansión pecuaria, los acotamientos y adehesamientos de terrenos comunales y concejiles impidieron que muchos campesinos pudiesen disponer de mayores superficies de pasto para el sustento de sus reses auxiliares de labranza. Habida cuenta de que la actividad pecuaria de los pequeños productores dependía, principalmente, de los aprovechamientos vecinales de yerbas, es lógico que la recomposición de las cabañas de aquéllos no comenzase hasta que la depresión no hubo alcanzado la intensidad suficiente para que el retroceso de los cultivos hiciese posible un incremento de la superficie de pastos permanentes que compensase la disminución de los derechos colectivos originada por los acotamientos y adehesamientos de términos públicos, lo que no parece suceder en extensas zonas castellanas antes de 1640. Consiguientemente, la eficacia de otro de los más importantes mecanismos de corrección de los desequilibrios de este tipo de economías, la mayor disponibilidad de pastizales propiciada por el descenso del número de efectivos, quedó, cuando menos, erosionada por el tipo de cambios que se estaban introduciendo en el sistema de aprovechamiento del terrazgo.

En la primera mitad del siglo XVII, la supuesta alternativa pecuaria hubo de quedar restringida a los dueños de explotaciones que no tenían que desembolsar grandes cantidades por el sustento de sus reses, bien por ser propietarios de yerbas, bien por estar en condiciones de mantener un elevado número de cabezas en pastos de aprovechamiento comunal; además el descenso de la exportaciones de lana, el hundimiento de buena parte de las ciudades castellanas y el establecimiento de sisas sobre la carne vinieron a limitar y a dificultar la expansión

de la ganadería de "renta". En suma, parece probable que las tendencias de la producción cerealícola y de la pecuaria, en la Castilla de la primera mitad del siglo XVII, hayan tenido idéntico sentido: sentido descendente.

No puede admitirse, tal y como afirma David E. Vassberg (50), que el buey fuese desplazado, en el transcurso del siglo XVI, como principal animal suministrador de fuerza de tracción al campo castellano, pero no hay duda de que se inició una parcial sustitución de ganado vacuno por mular en dicha centuria. Ello fue favorecido por el aumento de las necesidades de fuerza de tiro -debido a las roturaciones y, en algunos casos, a la intensificación de las labores-, por el auge del comercio de productos agrarios, por el aumento de la distancia media de los núcleos de población a los terrenos de cultivo y por la extensión del viñedo (51), pero, probablemente, la insuficiencia de pastos comunales fue el factor que más contribuyó a dicho cambio. Este obligó a algunos campesinos a reestructurar sus labores, incrementando la superficie dedicada a la obtención de cebada en detrimento de la destinada a la de granos panificables. Consiguientemente, la necesidad de sustituir bueyes por mulas determinó el empeoramiento del nivel de vida de muchos productores directos. Además, no todos los campesinos estaban en condiciones de adquirir y mantener un par de mulas, ya que ello exigía disponer de una superficie mínima de terrenos de labor que permitiese conjugar la producción de cereales para el ganado con la de granos para el consumo humano. La disminución de los aprovechamientos vecinales acabó provocando, pues, la descapitalización de bastantes pequeños cultivadores.

Por otro lado, el crecimiento del ganado mular hubo de re-

querir la extensión de las labores, lo que, junto al agotamiento de los suelos por falta de abono, pudo determinar, al menos en algunas zonas, la necesidad de mantener o ampliar el área de superficie cultivada en localidades que estaban perdiendo efectivos. Por tanto, la parcial sustitución de bueyes por mulas contribuye a explicar la prosecución de las roturaciones en un contexto depresivo -fenómeno constatado por Felipe Sánchez Salazar (52)-, roturaciones que dificultaban el restablecimiento del adecuado equilibrio entre labranza, pastizales y montes.

En definitiva, la privatización del usufructo de una parte significativa de los patrimonios concejiles, alentada por la importante revalorización de las yerbas, favorecida por el considerable aumento de los gastos y cargas municipales y consentida por un Estado que había de recurrir a cualquier arbitrio para incrementar sus ingresos, contribuyó al deterioro de las principales unidades de producción del agro castellano: las pequeñas explotaciones campesinas. No cabe la menor duda de que la disminución de los aprovechamientos vecinales del terrezgo determinó un importante cambio en las condiciones de acceso de los cultivadores directos a labrantíos y pastizales, cambio que no sólo fue irreversible, sino que tendió a profundizarse, con ritmo más o menos intenso a medida que transcurría el Antiguo Régimen. No parece descabellado, pues, sostener la existencia de transformaciones sustantivas en la organización del agro castellano durante las décadas finales del siglo XVI y las primeras del XVII. Poco a poco se va desvaneciendo esa imagen, predominante hasta fechas bastante recientes, de una Castilla en la que las estructuras agrarias permanecían prácticamente invariantes en el transcurso del Antiguo Régimen. Es cierto

que no parerem haberse producido grandes cambios ni en los aperos, ni en las técnicas y sistemas de cultivo, ni en los rendimientos, pero ello no debió ser óbice para que elementos fundamentales de la organización agraria, como los sistemas de acceso y aprovechamiento del terrazgo, registrasen variaciones significativas. De ahí la conveniencia -no sería una exageración el empleo del vocablo urgencia- de profundizar en el análisis de las tensiones surgidas en torno al uso de los bienes concejiles y comunales, así como de las secuelas económicas y sociales que se derivaron del empleo dado a los mismos. Buena parte de la conflictividad social de la época hubo de desarrollarse en este ámbito, pero la escasa espectacularidad que solían tener tales enfrentamientos ha contribuido a la poca atención que la historiografía española ha prestado a estas cuestiones.

Conviene recordar que los cambios en la organización del agro se produjeron en un período de depresión o de lentísima recuperación económica: teniendo en cuenta que los niveles de producción de los años ochenta del Quinientos no parecen recobrase hasta bien entrado el Setecientos, cabe afirmar que, en Castilla, el crecimiento económico quedó interrumpido durante, aproximadamente, siglo y medio. Ello nos conduce a un tema apasionante que sería conveniente que absorbiese un elevado número de horas de investigación y reflexión en los próximos años: la frustración del crecimiento económico castellano del Quinientos, de la que constituye excelente testimonio el hundimiento definitivo, como centros manufacturados y mercantiles, de muchas ciudades de las dos Mesetas.

Soy consciente de los sesgos e insuficiencias de este breve ensayo. Por un lado, me he ocupado casi exclusivamente del

periodo depresivo, en tanto que apenas he prestado atención a un tema que, aparte de tener un indudable interés en sí, necesariamente ha de abordarse para obtener una visión global del Seis cientos: la lenta recuperación posterior. Por otro, el centrarme en el impacto de los cambios en las formas de aprovechamiento del patrimonio territorial público sobre las economías campesinas, he dejado fuera de este estudio temas de suma trascendencia, como, entre otros, las interrelaciones entre la depresión rural y la urbana, las vicisitudes del régimen señorial, la inestabilidad monetaria, las especiales dificultades registradas por los núcleos de población de corto vecindario (53) y el endeudamiento campesino y la creciente importancia del crédito usurario. No pretendía, en ningún caso, presentar un modelo explicativo global: me daría por satisfecho si estas líneas aportan algún elemento nuevo de reflexión y animan a otros colegas a volver sobre las cuestiones aquí planteadas.

NOTAS

- (1) ANES, Gonzalo (1978 a y b).
- (2) ANES, Gonzalo (1978 a), p. 100.
- (3) BUSTELO, Francisco (1972), p. 106.
- (4) PEREZ MOREDA, Vicente (1980), pp. 294-326.
- (5) LOPEZ-SALAZAR, Jerónimo y MARTIN GALAN, Manuel (1981), pp. 56-101.
- (6) Sólo dos arciprestazgos del arzobispado no han podido incluirse: el de Toledo y el de La Guardia.
- (7) BRUMONT, Francis (1984), pp. 145-150.
- (8) GARCIA SANZ, Angel (1977), pp. 105-106.
- (9) La tierra de Trujillo estaba integrada por los siguientes núcleos de población: Cañamero, Zurita, Aldeanueva, Bercozana, Logrosán, Centenera, Acedera, Orellana, Orellanita, Navalvillar, Campo, La Zarza, Alcollarín, Erguijuela y Portera, Santa Cruz, Abertura, Escorial, Puerto, Valhondo, Villa Mesia, Madrigalejo, Robledillo, Santa Ana, Ruanes y Plasenzuela.
- (10) En la provincia de Cáceres, todavía en 1891, las yuntas de ganado vacuno suponían el 62,5 por 100 del total (La ganadería en España. Avance sobre la riqueza pecuaria en 1891, - formado por la Junta Consultiva Agronómica conforme a las Memorias reglamentarias que en el citado año han redactado los Ingenieros de Servicio Agronómico, Madrid, 1892, tomo IV, P. 35). Santiago Zapata me facilitó generosamente esta referencia.
- (11) Libros de Panera, A.H.N., clero, libros 5.185 y 5.190-91. José Antonio Sebastián Amarillas tuvo la amabilidad de proporcionarme estas series de diezmos de distintos núcleos leoneses.
- (12) MARCOS MARTIN, Alberto (1985), p. 234.

- (13) GARCIA SANZ, Angel (1977), p. 105.
- (14) YUN CASALILLA, Bartolomé (1985), p. 30
- (15) GARCIA SANZ, Angel (1977), p. 94-110
- (16) YUN CASALILLA, Bartolomé (1985), p. 30
- (17) LOPEZ-SALAZAR, Jerónimo y MARTIN GALAN, Manuel (1981) pp. 56-101.
- (18) YUN CASALILLA, Bartolomé (1985), pp. 13-15
- (19) BILBAO BILBAO, Luis María (1983), p. 227.
- (20) LE FLEM, Jean-Paul (1972), pp. 68-70.
- (21) LLOPIS, Enrique (1980), pp. 125-168.
- (22) ISRAEL, Jonathan I. (1980), pp. 193-211.
- (23) ANES, Gonzalo (1978 a), p.93; id. (1979), p. 287.
- (24) CAXA DE LERUELA, Miguel (1631), pp. 105-106.
- (25) Entre 1515-1524 y 1628-1637, el precio del trigo en Castilla la Nueva, de acuerdo con la serie publicada por Hamilton, se multiplicó por 5,54 y el de los pastos del Monasterio de Guadalupe por 8,33 (Llopis, Enrique (1980), p. 144).
- (26) El importe de los pastizales de las dehesas cacereñas se multiplicó por 2,72 entre 1540-1549 y 1590-1599 (RODRIGUEZ - SANCHEZ, Angel; RODRIGUEZ CACHO, Miguel; TEXTON, Isabel, y PEREIRA, José Luis (1980), p. 351).
- (27) CAXA DE LERUELA, Miguel (1631), p. 49.
- (28) PEREZ MOREDA, Vicente (1978), pp. 296-297.
- (29) ANES, Gonzalo (1978 b), p. 101.
- (30) SANCHEZ MECO, Gregorio, p. 61.
- (31) Libros de panera, A.H.N., clero, libros 5.185 y 5.190-91. José Sebastián Amarilla tuvo la gentileza de proporcionarme este dato.
- (32) GARCIA SANZ, Angel (1977), p. 300.

- (33) VASSBERG, David E. (1983), p. 53.
- (34) YUN CASALILLA, Bartolomé (1985), p. 8.
- (35) ANES, Gonzalo (1984), p. 4.
- (36) GARCIA SANZ, Angel (1980), p. 113.
- (37) Ibidem., p. 114.
- (38) BRUMONT, Francois (1984), pp. 192-193.
- (39) YUN CASALILLA, Bartolomé (1985), pp. 8-9.
- (40) YUN CASALILLA, Bartolomé (1983), p. 267.
- (41) GARCIA SANZ, Angel (1980), pp. 117-118.
- (42) VASSBERG, David E. (1983), pp. 234-236.
- (43) RUIZ MARTIN, Felipe (1978), pp. 45-45.
- (44) GARCIA SANZ, Angel (1980), pp. 120-122.
- (45) DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio (1984), p. 230.
- (46) PEREIRA IGLESIAS, José Luis (1982), pp. 843-849.
- (47) LLOPIS, Enrique (1980), p. 149.
- (48) CAXA DE LERUELA, Miguel (1631), pp. 122-129.
- (49) MARIN BARRIGUETE, Fermín (1985), pp. 1345-1352.
- (50) VASSBERG, David E. (1984), pp. 158-163.
- (51) Muchas de las nuevas plantaciones de viñedos de finales del siglo XVI y primeras décadas del XVII tuvieron relación con el aumento de las necesidades monetarias de los campesinos ocasionado por el alza de las cargas tributarias. La elevación de la oferta y la simultánea caída de la demanda explican el desplome del precio del vino en el segundo cuarto del siglo XVII.
- (52) SANCHEZ SALAZAR, Felipe (1984), pp. 90-100.
- (53) Esta cuestión fue suscitada por Antonio Domínguez Ortiz en un precoz y magnífico artículo (DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio -- (1984), pp. 99-125).

B I B L I O G R A F I A

ANES, Gonzalo (1978a), "La "depresión" agraria durante el siglo XVII en Castilla", Homenaje a Julio Caro Baroja, Madrid.

- (1978b), "Tendencias de la producción agrícola en tierras de la Corona de Castilla (siglos XVI a XIX)", Hacienda Pública Española, nº 55.

- (1979), "Comercio de productos y distribución de rentas", ANES, Gonzalo; BERNAL, Antonio; GARCIA FERNANDEZ, Jesús, y otros, La economía agraria en la Historia de España, Propiedad, explotación, comercialización, rentas, Madrid.

- (1984), "El sector agrario en la España Moderna", Papeles de Economía, nº 20.

BILBAO BILBAO, Luis María (1983), "Exportación y comercialización de lanas de Castilla durante el siglo XVII, 1610-1720", El pasado histórico de Castilla y León (Volumen II: Edad Moderna), Burgos.

BRUMONT, Francis (1984), Campo y campesinos de Castilla la Vieja en tiempos de Felipe II, Madrid.

BUSTELO, Francisco (1972), "Algunas reflexiones sobre la población española de principios del siglo XVIII", Anales de Economía, nº 1.

CAXA DE LERUELA, Miguel (1631), Restauración de la antigua abundancia de España, Nápoles.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio (1948), "La ruina de la aldea castellana", Revista Internacional de Sociología.

- (1984), Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII, Madrid.

GARCIA SANZ, Angel (1977), Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia 1500-1814, Madrid.

- (1980), "Bienes y derechos comunales y el proceso de su privatización en Castilla durante los siglos XVI y XVII: el caso de tierras de Segovia", Hispania, nº 144.

HAMILTON, Earl J. (1934), American Treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650, Cambridge - Mass. -utilizo la edición en castellano- .

- (1947) War and Prices in Spain, 1551-1800, Cambridge - Mass.

ISRAEL, Jonathan I. (1980), "Spanish Wool Exports and the European Economy, 1610-1640", The Economic History Review, 2ª ed., Vol. XXXIII, nº 2.

LE FLEM, Jean-Paul (1972), "Las cuentas de la Mesta (1610-1709)", Moneda y Crédito, nº 121.

LOPEZ - SALAZAR, Jerónimo, y MARTIN GALAN, Manuel (1981), "La producción cerealista en el Arzobispado de Toledo", Cuadernos de historia moderna y contemporánea, nº 2, Universidad Complutense de Madrid.

LLOPIS, Enrique (1980), "Crisis y recuperación de las explotaciones trashumantes: la cabaña del Monasterio de Guadalupe (1597-1679)", Investigaciones Económicas, nº 13.

MARCOS MARTIN, Alberto (1985), Economía, sociedad y pobreza en Castilla: Palencia 1550-1814, Palencia (2 tomos).

MARIN BARRIGUETE, Fermín (1985), La Mesta en los siglos XVI y XVII: cañadas, roturaciones de pastos, arrendamientos e impedimentos de paso y oasto -tesis doctoral inédita leída en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense.

PEREIRA IGLESIAS, José Luis (1982), Estructura agraria de Cáceres y su Tierra en el siglo XVI -tesis doctoral inédita leída en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Extremadura-.

PEREZ MOREDA, Vicente (1978) "La transhumancia estival de merinos de Segovia: le «pleito de la montaña»", Mélanges de la Casa de Velázquez, tome XIV.

- (1980), Las crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX), Madrid.

RODRIGUEZ SANCHEZ, Angel, y otros (1980), "El sistema de ventas y arrendamientos en tierras de Cáceres en el siglo XVI", Norba, I.

RUIZ MARTIN, Felipe (1978), "Procedimientos crediticios para la recaudación de los títulos fiscales en las ciudades castellanas durante los siglos XVI y XVII: el caso de Valladolid", OTAZU, Alfonso, ed., Dinero y Crédito (siglos XVI al XIX), Madrid.

SANCHEZ MECO, Gregorio (1985), El Escorial y la Orden Jerónima. Análisis económico-social de una comunidad religiosa, Madrid.

SANCHEZ SALAZAR, Felipe (1984), La extensión de cultivos en el siglo XVIII -tesis doctoral inédita leída en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense-.

VASSBERG, David E. (1983), La venta de tierras baldías. El comunitarismo agrario y la Corona de Castilla durante el siglo XVI, Madrid.

- (1984), Land and Society in Golden Age Castile, Cambridge University Press.

YUN CASALILLA, Bartolomé (1983), "La crisis del siglo XVII en Castilla: indicadores, cronología y factores en la Tierra de Campos (1580-1640)", El pasado histórico de Castilla y León, Burgos.

- (1985), "Producción agrícola en Tierra de Campos y Segovia: contrastes, similitudes y problemas en torno a la agricultura castellana en los siglos XVI a XVIII" -comunicación inédita presentada al III Congreso de Historia Económica, Segovia-.

APENDICE ESTADISTICO

Cuadro 1

Producción de trigo y cebada en
tierras del Arzobispado de Toledo (x)

<u>Año</u>	<u>Nº índice (xx)</u>	<u>Medias móviles de</u> <u>9 años expresadas</u> <u>en nº índice.</u>
1565	98,78	_____
1566	77,23	_____
1567	85,57	_____
1568	129,14	_____
1569	88,96	100,00
1570	87,17	100,69
1571	105,51	103,25
1572	117,14	105,60
1573	110,46	100,91
1574	105,07	98,14
1575	100,20	98,77
1576	106,72	100,66
1577	86,93	94,53
1578	64,02	91,54
1579	92,92	90,08
1580	122,49	86,75
1581	61,98	88,60

(x) No incluye los arciprestazgos de Toledo y La Guardia.

(xx) He tomado como base cien la media de los años 1565-1573.

Medias móviles de
9 años expresadas
en nº índice

<u>Año</u>	<u>Nº índice (xx)</u>	
1582	83,50	91,50
1583	92,00	96,16
1584	70,19	96,27
1585	123,39	90,11
1586	112,98	92,66
1587	106,03	93,71
1588	93,87	93,31
1589	67,09	92,45
1590	84,88	89,72
1591	92,92	87,17
1592	88,41	86,00
1593	62,52	85,01
1594	98,75	85,75
1595	90,10	84,64
1596	95,50	84,82
1597	84,90	85,05
1598	73,76	88,47
1599	74,94	87,35
1600	94,46	84,84
1601	90,54	81,21
1602	93,27	78,12
1603	88,68	77,28
1604	67,54	76,91
1605	62,76	75,87
1606	57,13	76,13
1607	66,18	73,52
1608	71,62	72,38
1609	85,13	74,59
1610	92,90	74,70
1611	70,61	76,60
1612	77,57	75,44
1613	87,40	75,97
1614	63,80	76,09
1615	74,26	74,05

Medias móviles de
9 años expresadas
en nº índice

Año	Nº índice (xx)	
1616	54,70	74,12
1617	57,40	73,41
1618	86,22	69,92
1619	74,54	72,44
1620	71,25	73,37
1621	71,19	76,52
1622	55,92	75,26
1623	85,52	72,22
1624	82,62	72,72
1625	93,03	72,40
1626	56,13	70,24
1627	58,78	71,54
1628	79,09	68,45
1629	68,37	66,62
1630	51,77	64,19
1631	67,62	63,29
1632	58,72	63,91
1633	66,10	59,22
1634	71,14	59,08
1635	48,06	60,68
1636	64,40	58,70
1637	36,88	58,08
1638	67,09	57,89
1639	66,16	55,65
1640	49,79	58,07
1641	53,13	56,78
1642	64,38	58,34
1643	51,02	56,72
1644	69,81	55,99
1645	52,84	56,41
1646	50,84	_____
1647	52,54	_____
1648	59,61	_____
1649	53,60	_____
1650	_____	_____

Medias móviles de
9 años expresadas
en nº índice

Año	Nº índice (xx)	
1651	67,83	_____
1652	78,07	_____
1653	54,84	_____
1654	61,22	_____
1655	67,59	61,16
1656	64,90	60,45
1657	57,47	58,19
1658	48,69	58,42
1659	49,91	58,62
1660	61,36	55,34
1661	57,74	55,46
1662	56,91	56,08
1663	53,05	_____
1664	47,04	_____
1665	56,99	_____
1666	63,10	_____
1667	_____	_____
1668	55,24	_____
1669	74,04	_____
1670	69,46	_____
1671	49,01	_____
1672	69,71	63,79
1673	68,67	63,99
1674	53,02	62,15
1675	69,96	61,19
1676	65,03	61,86
1677	57,03	_____
1678	57,48	_____
1679	60,81	_____
1680	55,10	_____

Fuente: Elaboración propia a partir de las series de producción de "pan" en los distintos Arciprestazgos del Arzobispado de Toledo publicadas por Jerónimo López - Salazar y Manuel Martín Galán, "La producción cerealista en el Arzobispado de Toledo. 1463-1699", en Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, nº 2, Niversidad Complutense de Madrid, 1981, pp. 55-101.

Cuadro 2

Precios del Trigo / Precios del Vino
Medias anuales expresadas en nº índice (x)

<u>Periodo</u>	<u>La Rioja</u>	<u>Periodo</u>	<u>Castilla La Nueva</u>
1572 - 1580	100,00	1563 - 1580	100,00
1581 - 1589	145,27	1582 - 1602	132,88
1590 - 1598	154,72	1606 - 1625	136,00
1600 - 1608	114,56	1627 - 1633	154,88
1609 - 1617	96,05	1635 - 1653	150,66
1618 - 1626	76,77		
1631 - 1640	121,25		
1641 - 1650	117,71		
1651 - 1660	119,29		

(x) He tomado como base cien la media de los años 1572 - 1580 en el caso de la Rioja y la de los años 1563 - 1580 en el de Castilla la Nueva.

Fuentes: La serie de la Rioja la he elaborado con los precios medios anuales del trigo y vino vendidos por el Monasterio de la Estrella (A.H.N., clero, libros 5.966, 5.978 y 5.980); la de Castilla la Nueva la he construido con las publicadas por E.J. Hamilton para el trigo y el vino.

Cuadro 3

Precios del Trigo / Precios del Aceite
Medias anuales expresadas en el nº índice (x)

<u>Periodo</u>	<u>Castilla la Nueva</u>
1563 - 1580	100,00
1582 - 1602	151,50
1606 - 1625	154,79
1627 - 1633	147,94
1635 - 1653	160,27
1655 - 1685	112,32
1687 - 1699	97,26

(x) He tomado como base cien la media de los años 1563 - 1580.
 Fuentes: Earl J. Hamilton, El tesoro americano y la revolución de los precios en España. 1501 - 1650, Barcelona, 1975, pp. 360-65 y 388-393; del mismo autor, War and prices in Spain. 1651 - 1800, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1947, pp. 238 - 241.

Cuadro 4

Precios Relativos
Medias anuales expresadas en nº índice (x)

<u>Periodo</u>	<u>Trigo</u> <u>Lana fina</u>
1603 - 1638	100,00
1639 - 1676	67,58
1677 - 1708	76,45
1713 - 1750	56,26

(x) He tomado como base cien la media de los años 1603-1638.

Fuentes: He utilizado los precios medios anuales del trigo vendido por el Monasterio de Sandoval de Leon y las cotizaciones de la pila de lana fina del Cabildo de Segovia - éstas me fueron gentilmente facilitadas por A. García Sanz, - quien las transcribió de los Libros de Menudos del Archivo Capitular de Segovia-.

Cuadro 5

5307917488

Precio del trigo / Precio de CarneMedias anuales expresadas en nº índice (x)

<u>Periodo</u>	<u>Trigo</u> <u>Carne de vaca</u>	<u>Periodo</u>	<u>Trigo</u> <u>Carne de carnero</u>
1577 - 1585	100,00	1572 - 1577	100,00
1586 - 1594	117,21	1579 - 1585	117,64
1595 - 1603	101,98	1586 - 1592	130,88
1604 - 1612	94,70	1593 - 1599	147,05
1613 - 1621	86,75	1601 - 1607	108,82
1622 - 1630	67,54	1608 - 1614	89,70
1631 - 1639	93,67	1616 - 1621	89,70
1640 - 1644	98,01	1622 - 1627	73,52
1646 - 1650	79,47	1629 - 1634	122,05
		1635 - 1640	101,47
		1642 - 1650	98,52

(x) He tomado como base 100 la media de los años 1577-1635 en el caso de la carne de vaca y la de los años 1572-1577 en el de la carne de carnero.

Fuentes: Las series las he formado con los precios medios anuales del trigo vendido por el Monasterio de la Estrella y con los publicados por E.J. Hamilton para la carne de vaca y de carnero en Castilla la Vieja.

Cuadro 6Precio de Cabezas de Ganado / Precio del TrigoMedias anuales expresadas en nº índice (x)

<u>Novillos de</u>		<u>Ovejas</u>		
<u>Tres años</u>		<u>estantes</u>		
<u>Periodo</u>	<u>Trigo</u>	<u>Trigo</u>	<u>Periodo</u>	<u>Trigo</u>
1598 - 1612	100,00	100,00	1597 - 1612	100,00
1628 - 1652	72,36	100,00	1628 - 1652	69,05
1653 - 1677	132,70	150,87	1659 - 1677	94,96

(x) He tomado como base cien la media de los años 1598-1612.

Fuente: Hojas de Ganados, Cuentas de las Cabañas del Monasterio de Guadalupe, Archivo del Monasterio de Guadalupe, legajo 127.